

The cover features a detailed illustration. On the left, a woman's head and neck are shown in profile, with her hand pulling at her vibrant red hair. She wears a dark blue top with a brown ribbed collar. The background is a coastal landscape with a wooden boardwalk leading to the ocean under a clear blue sky. A small figure of a person stands at the end of the boardwalk. The title 'LA ISLA DE ALICE' is printed in large white letters on the right side of the cover.

LA ISLA DE ALICE

DANIEL
SÁNCHEZ ARÉVALO

FINALISTA PREMIO PLANETA 2015

AE
& I


Daniel Sánchez Arévalo



La isla de Alice

*Finalista Premio Planeta
2015*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Daniel Sánchez Arévalo, 2015

© Thilopía, Lola Castejón Fernández de Gamboa, 2015, por las ilustraciones de interior

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2015

Depósito legal: B. 16.613-2015

ISBN 978-84-08-14788-6

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Día 0. Año IV d. C.

Redacción de mi hija Olivia para su clase de 4.º curso de Primaria:

Hoy murió mi padre. Bueno, hoy hace tres años, y es un día que cada año me da más pena, porque cuando murió yo era muy pequeña porque tenía seis años y no me enteré de mucho. Pensaba que se había ido de viaje y cuando mi madre me dijo que no iba a volver, lo que más pena me dio es que no iba a traermme un regalo. Porque mi padre viajaba mucho y siempre me traía un regalo cuando volvía. Pero ahora que ya soy más mayor, estoy más triste porque conozco más las cosas de la vida y aunque mi madre y mi hermana me hacen bastante feliz casi todos los días, de verdad que es muy triste no tener un padre. Por eso cuando murió nos vinimos a vivir a Robin Island porque mi madre pensó que si nos íbamos de nuestra antigua casa, lo íbamos a superar antes y que necesitábamos un cambiado de aires, y la verdad es que un poco de razón sí tenía, y estamos muy bien aquí, porque es una isla muy bonita, menos los días que llueve o nieva porque no me gusta la lluvia y odio la nieve, y porque aquí casi todo el mundo es bastante feliz casi todos los días también, y eso siempre ayuda mucho a sobrellevar las cosas malas. Además dio la casualidad de que la primera vez que estuvimos aquí nació mi hermana Ruby y eso es de mucha suerte. Espero que el próximo año esté un poco más triste que este año, porque eso significará que no he olvidado a mi padre, y que le sigo queriendo y echando de menos. Eso para mí es muy importante.

Fin.

Día 0. Año 1 d. C.

Puede que el día 0 no exista en los calendarios, pero sí en la vida. Mi día 0 fue el día que murió Chris, aunque también barajé la posibilidad de que fuera el día que me mudé a la isla. Pero al final me pareció más contundente una muerte que una mudanza, y además me hacía gracia —de una manera bastante retorcida— el juego de palabras: día 0 d. C. Después de Cristo. Después de Chris.

De hecho, de vez en cuando bromeaba con él y, en vez de llamarle Chris, le llamaba Chris/Christ¹ —así le tenía registrado en el móvil—, sobre todo cuando se empeñaba en imponer amablemente su opinión con palabras limpias y sonrisa luminosa. Algo que en los últimos tiempos ocurría a menudo cuando discutíamos sobre qué nombre poner a nuestro bebé —estaba embarazada de siete meses—. «Cariño, tú elegiste el nombre de la primera, querías un nombre internacional, que se escribiera igual en inglés, español, italiano y francés. Y me pareció bien: Olivia. Me gusta. Ahora me toca a mí. Quiero un nombre que suene a joya, que es lo que vamos a tener, una joya preciosa: Ruby», decía él. Y yo: «Perdona, pero ni de broma, Chris/Christ. Busca otro, que Ruby suena a nombre de prostituta de culebrón». «Acabas de manchar la memoria de mi bisabuela Ruby, Alice», dijo haciéndose el ofendido. Nunca me llamaba por mi nombre completo, solo cuando quería buscarme las cosquillas. Por lo general me llamaba Ali, Al o preferiblemente A. A mí me gustaba A.

1. En inglés, «Cristo».

increíble capacidad de cerrar los ojos y dormirme, a cualquier hora en cualquier lugar. Así que estas breves interrupciones del sueño no solo no me perturbaban, sino que las disfrutaba. Me recordaban a cuando éramos adolescentes y yo me llevaba el teléfono inalámbrico de casa a la cama, y él el suyo a la suya, y nos pasábamos toda la noche hablando, y así, de alguna manera, dormíamos juntos.

—Hola, cariño, ¿por dónde vas? —pregunté aún adormilada.

—Buenas noches —contestó una voz femenina. Entonces sí que me sobresalté. Miré de nuevo la pantalla del móvil. Chris/Christ. Había mucho ruido de fondo. Ruido envolvente de carretera y motor—. ¿Es usted Alice Williams?

—Eh... Sí, soy yo. —Inmediatamente me empezaron a temblar las manos.

—Su marido ha sufrido un accidente de tráfico. Le estamos trasladando al hospital Saint Luke, en New Bedford.

—¿Cómo que New Bedford?

—¿Su marido es Christopher Williams, con domicilio en el 668 de Hope Street, Providence?

—Sí...

—Su marido se salió de la carretera en la US-6, a la altura de Marion.

—¿Marion? ¿Dónde está eso?

—Marion, Massachusetts. A la altura del río Weweantic —añadió, como si aquello me fuera a ayudar a ubicarme.

—Perdone, pero es que no sé de qué me está hablando —dije aturdida, luchando por no despertarme. Mientras siguiera durmiendo, todo aquello no sería más que una pesadilla.

—Se lo repito, señora. Su marido ha tenido un accidente de tráfico, 35 kilómetros al este de New Bedford. Le estamos llevando al hospital de...

—No, tiene que ser un error —la corté aliviada, poniendo por fin orden a mis pensamientos—. Es imposible. Mi marido está, estaba en Yale.

Nosotros vivíamos en Providence, Rhode Island. Yale está en New Haven, a unos 150 kilómetros al oeste. New Bedford

está en dirección contraria, hacia el este. Entonces no sabía exactamente a cuánta distancia, pero más o menos a una hora en coche.

—Señora, acabo de volver a revisar su documentación —dijo con paciencia, entendiendo lo complicado que debía de ser digerir una información así—. Es Christopher Williams.

—¿Puedo hablar con él, por favor? —musité angustiada.

—Está inconsciente. Su estado es muy grave, señora Williams. Es importante que venga cuanto antes. Hospital Saint Luke, en New Bedford.

Cuando colgué miré instintivamente la hora que marcaba el reloj digital de mi mesilla. Vi como pasaba de marcar las 00:01 a las 00:02 del 13 de mayo de 2015. Desde muy pequeña, mi número favorito era el 13, porque pensaba que todos los números traían la misma buena suerte. Una suerte concreta que había que compartir con toda la gente. Y como nadie elegía el 13, toda su suerte sería para mí. Era el número que siempre usaba en cualquier equipo de cualquier deporte que jugara. El número que me cubría las espaldas. A partir de entonces, el 13 dejó de ser mi número de la suerte.

Y aquel día se convirtió en el día 0 del año 1 d. C.

Tras cinco minutos conduciendo, que parecieron interminables horas, una nueva sacudida de cabeza a pies, un latigazo de pánico me recorrió la espina dorsal e hizo que me diera cuenta de que había dejado sola a Olivia, como si hubiera salido simplemente a recoger el correo y el periódico al buzón de la entrada de casa.

Mientras me castigaba por semejante lapsus, llamé a mis padres con el manos libres del coche. Deseé que lo cogiera mi padre.

—¿Qué pasa, hija? —Era mi madre, alarmada por la hora.

—Mamá, Chris ha tenido un accidente de coche. Lo están llevando al hospital.

—Ay, Dios mío, ¿y es grave?

—No lo sé, mamá. Luego te llamo y te cuento. He salido corriendo. Olivia está sola en casa. No quiero que se despierte y no haya nadie. Id para allá, por favor.

—Vale, hija, ya vamos. Ay, madre mía, George, despierta, que Chris ha tenido un accidente. ¿Y dónde ha sido, hija?
No quise seguir teniendo que dar explicaciones.
—Cerca de Yale, donde estaba trabajando.

Odio los hospitales. Es entrar y marearme, y más con el susto que llevaba encima. Me fallaban las piernas. No sabía muy bien cómo había sido capaz de conducir hasta allí. Un velo poroso me nublaba la vista. Sufro de astenofobia, un miedo irracional a desmayarme en público. Casi siempre me pasa en situaciones de estrés, cuando me siento atrapada, cuando estoy rodeada de extraños o cuando soy el centro de atención. Cualquier combinación de esos factores basta para disparar la taquicardia, los escalofríos, la dificultad para respirar y la sensación de pánico.

Una enfermera me acompañó a una sala de espera al lado de la UCI.

—Pase aquí y espere. El médico saldrá en cuanto pueda. Están operando a su marido ahora mismo.

Vi una máquina expendedora de refrescos. Necesitaba azúcar y cafeína. No me dio tiempo siquiera a llevarme la mano al bolso para buscar monedas. Fundí a blanco más o menos a la misma hora que luego señalaría el certificado de defunción de Chris. ¿Acaso me quería ir con él?

Me desperté en un box de la sala de urgencias. El médico y la enfermera jefe me miraban con tanta amabilidad, comprensión y empatía que supe que Chris había muerto. Poco después de que me lo confirmaran pensé en si tendría que llamar a nuestra hija Ruby honrando sus deseos o si podría elegir el nombre que quisiera. Trucos de la mente para sobrevivir. Esos pequeños detalles sin importancia a los que uno se aferra cuando la vida convierte el suelo que pisas en una sustancia viscosa que te ahoga, paraliza y fagocita.

Me habían colocado una vía en el brazo para ponerme suero y me habían administrado un calmante intravenoso. Anestesia vital para enfrentarme a la pesadilla de la muerte. ¿Sería esto compatible con el embarazo? Aunque probable-

mente era más adecuado que asumir el riesgo de que me pusiera de parto en pleno disgusto.

—Aún no están muy claras las circunstancias en torno a la muerte de su marido. Pensamos que ha sido por el traumatismo craneoencefálico provocado por el impacto del coche. Pero la policía nos ha informado de que no había huellas de frenada en el asfalto, con lo cual es probable que se quedara dormido al volante o perdiera el conocimiento antes de salirse de la carretera o... —Se detuvo considerando que no era oportuno especular más sobre el tema—. Un forense le va a practicar una autopsia para aclararlo y determinar la causa exacta.

En ese momento no me di cuenta de que estaba insinuando también la posibilidad de que Chris se hubiera suicidado.

—¿Cuánto tarda eso? ¿Cuándo podrían trasladar el cadáver a Providence?

—Hay un ala del hospital especialmente habilitada para velar y recibir a familiares y amigos. —Al ver que no reaccionaba, añadió—: Ahora vendrá una psicóloga para asistirle a usted y a sus familiares. Lo siento mucho, señora Williams. Si quiere, podemos ayudarla a ponerse en contacto con ellos...

—No, quiero llevarme a mi marido a casa cuanto antes, por favor —dije o pensé. En ese instante no sabía distinguir muy bien entre lo que hacía y lo que imaginaba. Lo único que tuve claro es que sí, que claro que iba a llamar a nuestra hija Ruby.

Fuera estaba amaneciendo. El ansiolítico estaba dejando de hacer efecto. Era el momento de llamar a mis padres. Me derrumbaría, lloraría y les contaría todo lo que había pasado. Y entre sollozos les diría que no podía parar de pensar que si le hubiera cogido el teléfono cuando llamó, tal vez seguiría vivo. Que no sabía qué hacía Chris allí, que me había mentido y que estaba muy triste, muy asustada, y que sentía que todo aquello no estaba sucediendo, que era una mentira. Que me habían pedido que identificara el cuerpo, y al verle, pensé que no, que no era él. Porque no podía ser él, porque Chris nunca me mentía y cuando lo hacía —por cosas generalmente insig-

nificantes— yo siempre se lo notaba y él se reía como un niño pillo y yo le adoraba por ello. Por eso, aquel cadáver que había visto en el depósito de cadáveres no era Chris, era un Chris de mentira. No era mi Chris. Todo aquello no era verdad. «¿A que no, papá; a que no, mamá?, decidme que todo esto no está ocurriendo.» Llamé al móvil de mi padre. Lo cogió mi madre.

—Sí, mamá, está muy grave... No sé, en una carretera cerca de Yale, iba de camino a casa... Mamá, no sé nada más, en cuanto tenga noticias te llamo... No, no quiero que vengas... Que no, que tampoco quiero que venga papá... No quiero que Olivia sospeche algo y se asuste... Prefiero que os quedéis cuidándola... Yo os llamo y os mantengo informados... Hasta luego.

No sabía que se me daba tan bien mentir, porque era algo que casi nunca había tenido la necesidad de hacer. ¿Por qué? ¿Por qué no había sido capaz de contar la verdad? Ni siquiera que Chris estaba muerto. Era como si necesitara ganar tiempo. ¿Tiempo para qué? Ni idea, solo sabía que necesitaba dos horas o así. En ese momento era difícil de prever que el tiempo que necesitaba no era cuestión de horas, ni de semanas, ni de meses. Era cuestión de años.